

REVISTA NUEVA

DIRECTOR Y REDACTOR — FROILAN TURCIOS

AÑO II

TEGUCIGALPA: 15 DE AGOSTO DE 1902

NUM. 26

Estios lejanos

TACITURNO, me he paseado por el campo, lleno de fulgores y de sombras. Bajo los árboles reisan tinieblas profundas; pero hay claros de luna colmados de palidez y de misterio. La noche es un abismo de secretos maravillosos. De él surgen sonidos y símbolos y tristezas arcanas. Los sueños tienden sobre él sus alas silentes como pájaros visionarios.

Las estrellas—divinas flores fulgurantes—brillan en los cielos azules; las brisas musicales agitan las hojas con sus leves ráfagas y de la tierra se levantan mil rumores insólitos. Yo dejo vagar mi alma por las brumas plateadas de esta tibia noche estival; y siento que mi tristeza se transforma en una intensa melancolía.

Mi pensamiento se ilumina con una pálida luz de antaño que hace estremecer un segundo mi corazón. Es que á través del tiempo, de una borrosa lejanía del pasado, viene á mí el recuerdo de las noches de la adolescencia, de las horas inolvidables de los primeros añejos. Era cuando vibraban en mí ser inefables sentimientos y melodías ilusorias; cuando germinaban en mi espíritu sublimes sueños; cuando se abrían en mi alma fragantes rosas de poesía y de amor. Era en la edad de los castos delirios, en que las ideas—envueltas en un velo de diáfana blancura—son leves é joguinas; en que nuestros ojos miran sercnamente las cosas exteriores; en que nuestros labios conservan aún la pureza de la infancia.

Bellos días de ingenuidad y de dichosa ignorancia! Ocaso de la inocencia, en que nos encanta la hora crepuscular, el relámpago postrero de la tarde, tras del cual penetra el mundo en la fascinación de la noche misteriosa!

Agitábanse en mi fantasía las palabras sugestivas de mis primeros versos. Amaba el hábito de las frescas florestas; gustábame correr por los boscajes silenciosos, y, á la caída de la tarde, tenderme de espaldas sobre la verde sabana á recoger en mis oídos todos los rumores del día expirante, á respirar el olor de las selvas y á mirar extasiado cómo los vastos espacios celestes iban cubriéndose de frágidos jazmines.

Aquella trémula irradiación de los astros turbaba mi espíritu; y mientras mis ojos se anegaban en la luz argentina, mi alma se llenaba de gloriosas visiones y de sobrehumanos delirios.—Áve de fuertes alas y ojos profundos con un sol en el corazón—es la fantasía. Cuando

ella tiende sus vuelos magníficos, toda voz interior enmudece y el espíritu queda estremecido y callado.—Así, en alas del ave milagrosa que llevaba en mi cerebro, viajaba mi alma por países de sueño, por mundos espectrales, por extrañas comarcas pobladas de seres fabulosos. Así gozaba yo las primeras horas de las serenas noches estivales. A veces parecíame oír una voz triste que me llamaba de lejos; una voz de mujer que se perdía entre el rumor de las brisas errantes.

He oído—cuando muere el crepúsculo—una voz inolvidable que me llama—desde muy lejos.—Una voz suspirante—que yo nunca he oída en la tierra—y que, sin embargo—es familiar á mi corazón—...—Ella sólo sabe mi nombre—y me parece que en esa—única palabra—me dice muchas cosas profundas.—La oigo á intervalos—cada vez más apagada;—cada vez más lejana;—hasta que se extingue en un largo suspiro—...—Yo me quedo taciturno—devorado por una nostalgia implacable.—¿De qué tenebroso abismo—surge ese acento lastimero?—¿De qué duelo recóndito de mi alma viene esa quejosa obsesivante?—¿Quién me llama en la sombra?...

Así daba forma á mi tristeza, impregnada de misterio y de poesía; mientras fuertes perfumes, escapados de los cálices sangrientos de algunas flores salvajes, azarriaban mi rostro. Mugían suavemente las vacas á mi alrededor; cantaban las cigarras en las grietas de las encinas centenarias y lentamente se enlataban los horizontes...

Entretanto yo continuaba soñando, con los ojos abiertos, fijos en los mundos lejanos de la bóveda azulada; con los ojos abiertos y el alma errabunda por una misteriosa tierra de melancolía.

FROILAN TURCIOS

Una rabia

Ferdona, Lucy, pero tengo autojos de saber si es el sol el que ha fundido tu melena trunfal de oro encendido, que á una aurora de mayo diera enojos.

Dime, ¿en qué sangre de eleveles rojos el botón de tus labios se ha teñido? Ru qué rayo de luna se han decimido las húmedas turquesas de tus ojos?

¿Qué divino ciucl ha modelado el mármol ideal de tu escultura? Tú pasas... y el deseo enamorado

Se pierde en tu eucarística blancura... alma que aun al amor no ha despertado, maravilloso lirio de hemozura!

VICENTE ACOSTA

El peregrino de don Iñigo

(Traducción de Leopoldo Díaz)

Ochenta hidalgos de caballo rojo en sus mulas soberbias, adornadas con lujosos arneses, van marchando ricamente vestidos: en las plantas puntiagudos zapatos; en los hombros jubón de fina seda; plumas blancas en los birretes, y collares de oro de tres vueltas en torno á la garganta; pequeñas fustas en la mano, y lindas escarceles, flotantes y bordadas. Sólo, Ruy Díaz de Vivar, altivo, en su fuerte caballo de batalla enjaezado de hierro, lleva estoque ceñido á la cintura, y lleva lanza y desde el cuello á los riñones luce flexible y varonil cota de malla, y sobre el casco brillante suspende capucha densa que la luz apaga.

La avispa vuela en torno, la langosta salta en las secas yerbas, la plateada voz de las campanillas repercute en medio de las rudas carcajadas de todos los alegres caballeros. A la vez todos ríen, todos hablan, contando sus audaces aventuras, raptos de amor, empresas arriesgadas, irrupciones nocturnas y quereñas, pillerías sin fin, golpes de gracia; mientras inmóvil y á la vez sombrío, Ruy Díaz de Vivar, no dice nada.

Así, al través de pedregosos campos, como fué convenido, todos marchan por llegar hasta el rey que se aproxima rodeado de sus gentes feudatarias, y su alférez mayor, y sus notarios que el juramento escuchan y de alianza testimonio levantan; y trescientos escogidos soldados de su guardia. Al mediodía don Hernando llega por el camino donde el polvo abrasa; quítase el guante de la diestra mano, ni se descubre, ni tampoco baja; en su mula sentado, el homenaje espera; cada cual un beso estampa en la real diestra; desdeñoso y lento, Ruy Díaz, no desciende hasta el monarca.

Al punto, Iñigo López, estandarte de Castilla, heredero de una raza pendenciera y audaz, cuyos abuelos lucharon con Tarik en las montañas,—de su claro linaje evanecido, viendo un orgullo tal, turbó de rabia, sobre el arzón erguido, rudamente dirígese á Vivar, con voces ásperas con gesto adusto y la pupila ardiente más que el carbón de la encendida fragua.

—Abajo, don Ruy, que es vuestro turno! Gran Dios! Este moruelo en petulancia cree no poder hacer, lo que hace todo rico hombre de pendón, espada y maza, con vasallos, honores y derechos?

¡Se imagina el retoño de mesnada, por ventura no existe alguna cuerda que doble la cerviz que así levanta? ¡Abajo! En vuestra loca altanería con cínico baldón, muerte villana diste al Conde Lozano, el valeroso, de Castilla sostén y nuestra raza. ¡Qué sois, moro ó judío? Por lo menos, y, sin duda, traidor. Vuestra arrogancia es digna del desdén y del olvido. Id; si no, por la Virgen, por el Papa, couo Iñigo me llamo, de las piernas os conduzeo arrastrando hasta el monarca. Don Iñigo habló así. De un solo golpe don Ruy, le abrió los sesos con su espada. El otro desplomóse, y con la sangre bañó su mula y el camino. Estallan gritos de:—¡Ola!—¡Jesús!—Sobre él carguemos!—¡Alerta!—Herid! Herid!—Alto las dagas!—Por Dios! Cráneos y birrete le ha partido hasta los dientes!—Sus! Al lobo! En guardia!

—Santiago!—dijo el Rey,—si el puño es firme no hay duda que la hoja es bien templada! El caso me constrieta. Iñigo López mala suerte alcanzó por su desgracia. Don Ruy, guarda tu estoque; el diablo mismo con Mahoma, á ferroz no te igualaran. —Ved lo que al atrevido le acontece, dijo don Ruy: su lengua era muy larga...

Después, sin inquietarse que le sigan ó le censuren, rumbo á Calatrava, el buen Cid Campeador y sus hidalgos, vuelven bridas, y rápidos se marchan.

LEONTE DE LISLE

Oración de la sangre

En la cúspide del inmenso Arbol de la Vida floreciente; ¡salve, por heroica, celebrada por los heridos que besan amorosamente la carne y por los puñales de alma metálica!

Tu color baña los corazones fuertes como una insigne nobleza. El amor heroico nació de tu calor como la santa Ira y el pudor telino. Los pechos palpitan bajo la caricia de tus alijos. Las bocas florecen bajo tu riego como ilimitados jardines. El heroísmo recibió la unción de tu púrpura, consagrando con tu esplendor la magnificencia de las armas!

Revistieron tu color el Sol y los emperadores, las rosas y las llagas, los rubies y las antorchas, los corales y las nubes,—¡Las nubes! ¡enormes banderas sobre la mina de tinieblas de la Aurora!

Tu escarlata lleva disuelto el hierro en las venas del prócer, y triunfa con ímpetu vital en las alas del pájaro. En el seno de las vírgenes eres pimpollo y en el corazón de las águilas, hoguera. Con tu heroico sabor apagan su sed los leones, los sables y los holocaustos.

A los que sufrieron la noble muerte de la espada revistes de una real mortaja de púrpura. Los sudarios de los mártires santificados por tu mancha bermeja, son estandartes.

Manas de los cálices que consagró la esotérica virtud verbal de las fórmulas; de los cuchillos que labran en los cadalsos la sangre mala; de las espinas que embraveció el oprobio sobre las frentes que culminaron mas allá de la noche; de los cilicios con que el cenobita flagela su flanco donde está pegado el pertinaz alacrán de oro de la lujuria; de los apogeos siniestros reinando sobre frentes de verdugo; de mi corazón, extraño planeta desorbitado.

¡Oh sangre, hermana de las lágrimas! Llorar es desangrarse.

Yo he visto sobre un campo severo, un caballo de largas crines, que suspiraba al viento una agonía, tendido sobre una mancha de sangre. Y un halcón negro, que con las alas rotas por una flecha, se embriagaba para morir ebrio con la propia sangre de sus alas. Y un misionero crucificado que parecía ir vistiéndose de lirios á medida que de su cuerpo iba cayendo una larga lluvia de rosas.

Y he comprendido que era preciso prodigar para las empresas de salvación, para abreviar en tu onda los hierros manchados de óxido como las lenguas de mentira; para teñir el trapo de la bandera vengadora, compuesto con los arambes de diez mil camisas santificadas; para desatar las fieras latentes en la nube; para evocar las apariciones de los cometas, cuyo ojo se ve desde los límites de los universos; para conmover ese silencio más espantable que una bandera sobre las ruinas; para dar bautismo á los fieros regimientos subterráneos, cuyo paso se siente por las cavernas como un trote de horda cercana, cuya bandera es probable que sea la misma noche.

¡Oh bendita flor roja! más hermosa que el martirio; más querida que las carnes amarillentas de una muerta adorada en una juventud lejana que no supo reproducirse; más temida que el veneno de todas las serpientes por las cobardías sagaces, ocultas bajo la so-

noridad de las cotas; tú revelas la vida en las entrañas maternas, la fuerza en los músculos, el castigo en los cadalsos, la gloria conseguida en los triunfos, la guerra en los estandartes, la prosapia real en las flores.

El Pueblo levanta tu color en sus brazos, destructores de montes, como el viento levanta nubes del mar; tu matiz, que es el éxtasis de oro de los crepúsculos, culmina sobre la gloria heptacorde del arco iris, bandera del Sol!

LEOPOLDO LUGONES

Sonreía en sus ojos....

Para la REVISTA NUEVA

Sonreía en sus ojos (esmeraldas oscuras,
Ondas verdes y trémulas bajo negro follaje),
El ensueño de un alma que persigue un miraje,
Un miraje que forman cosas blancas y puras.

Y de pronto á su vista se extendieron llanuras
Dilatadas y yermas. Y en el frío paisaje—
Mar sin olas—vió un ave de albo y terso plumaje
Que moría mirando las etéreas alturas.

Y soñaba...Y sus ojos de esmeralda, á lo lejos,
A la luz de una estrella de murientes reflejos,
Una barca veían, por el viento impulsada.

Y siguió pensativa, la cabeza en las manos,
Con el alma errabunda por los mares lejanos,
Con los ojos hundidos en la sombra callada.

Ojos dulces y claros....

Ojos dulces y claros, de gracia peregrina,
Más bellos que los ojos cantados por Cetina,
Ojos dulces y claros, de gracia peregrina;

Mano exangüe y sedaña, mano sedaña y breve
Dónde duerme la casta blancura de la nieve,
Mano exangüe y sedaña, mano sedaña y breve;

Labios rojos cual pétalos de rosa purpurina,
Labios rojos que un claro resplandor ilumina,
Labios rojos cual pétalos de rosa purpurina;

Ojos que sois fanales en mi noche, ojos claros;
Labios rojos y manos cual mármoles de Paros,
Dejadme de rodillas y en éxtasis besaros.

ISMAEL ENRIQUE ARCINIEGAS

Fragmento

LA naturaleza ha dado á cada individuo su organismo, su temperamento, sus aptitudes, sus vocaciones, sus gustos, su carácter propio. Tales distintivos son los que la crítica filosófica aspira á ver marcados, claramente, en las obras de los hombres de la ciencia y del arte. Pero ¡cómo sin estudios especiales podrá reconocerse la idiosincracia de un individuo, podrá señalarse el rasgo principal de su carácter, podrá particularizarse la índole de su vocación, podrá valorarse el producto de su talento ó de su ingenio, podrá delinearse su fisonomía, y decirse lo que expresa, como reveladora del espíritu ó de la fuerza que la anima? Más que difícil, imposible es determinar una personalidad literaria, si el juicio no estriba sobre la base de una vocación particular y de especiales estudios y producciones. La personalidad humana puede reconocerse desde que la observación indica, por la vista ó por el tacto, que hay en el claustro materno un nuevo organismo: la personalidad jurídica puede determinarse desde que un individuo llega á cierta edad, comprobada por la operación elemental de una suma de años; y la personalidad colectiva puede fijarse, fácilmente, en presencia del cumplimiento ostensible de las condiciones que el derecho público ó el administrativo exigen á las entidades morales que realizan ó deben realizar un fin social. Pero en materias científicas y literarias, ¿cuál es el criterio que deba aplicarse para juzgar de la personalidad? El criterio puede formarse y aplicarse. No obstante, es difícilísimo efectuarlo, por lo amplio y complejo del asunto. En ciencias y letras la personalidad se reconoce por el pensamiento que señorea, por el estilo que da la medida de su fondo y marca sus gradaciones y matices, y por el lenguaje que lo encarna y le proporciona el ropaje, ó harapos, ó modesto y decente, ó riquísimo y deslumbrador de las formas. Arduo es, pues, formar criterio para reconocer, y más, calificar una personalidad de tal especie. Necesítase de ciencia, no aprendida en gacetillas de periódicos, para sondear las profundidades de la idea; de observación continua y de gusto depurado, para juzgar del valor y del aquilatamiento del estilo, y de sólidos y comparativos conocimien-

tos de idiomas y dialectos antiguos y modernos, para expresar opinión sobre los defectos y vicios, ó los méritos y excelencias del lenguaje.

RAMÓN ROSA

La durmiente

(Traducción de Leopoldo Díaz)

Del triste junio al promediar la noche,
bajo la luna mística, que exhala
vapor opíáceo del contorno de oro,
meditabunda, absorta, está mi alma;
vapor que, dulcemente, gota á gota,
se desliza en la sien de la montaña,
y, por el valle universal, soñando
intérmase con armonía vaga.
El romero se inclina ante la tumba,
el lirio flota sobre la onda plácida
y envuelto por las brumas duerme el lago,
como en sueño consciente y sosegada
honda quietud... Toda belleza duerme!
Y á los cielos abierta su ventana,
abierta al cielo, en brazos del destino
reposa írenc, muda y solitaria.

¿Es justo que en la noche quede abierta
¡ay! abierta á los cielos tu ventana?
¿Es justo quede abierta para siempre,
quede así, para siempre, oh noble dama?
Los aires bulliciosos se deslizan
alegres y parleros, por tu estancia;
los intangibles aires, tropel mágico,
huyen y vuelven en sutil baadada,
agitau del dosel los cortinados
con tan siniestra ondulación extraña!
Encima de tus párpados cerrados,
donde en profundo sueño yace el alma,
y á lo largo del piso y sobre el muro
clévanse las sombras cual fantasmas!
Oh! ¿No sientes pavor, no te amedrentas?
¿En qué sueñas - si sueñas—noble dama?
Tú, que viniste de lejanos mares,
tú, que llegaste de remotas playas,
para ser el encanto de los negros
árboles mustios de llorosos ramas!
Karos son los vestidos que te cubren,
es tu profunda palidez extraña!
Extraños en verdad son tus cabellos
y extraño es el silencio que te guarda!

La dama duerme! Su profundo sueño
se prolonga sin término. Que yazga
bajo el amparo del piadoso cielo,
que le dé el cielo su custodia santa!
Trocado este recinto y este lecho
sin que sus ojos á la luz se abran,
que, por siempre, repose, mientras giran
rondas leves de pálidos fantasmas!
Mi amor, ella dormita. ¡Que en profundo
sueño tranquilo, para siempre yazga!
Que á su alrededor arrastren los gusano

tímidamente, su viscosa planta...
Lejos, allá en la selva envejecida,
alcan, para ella sepultura magua,
alguna sepultura misteriosa
que abriera, un tiempo, las oscuras alas
de los regios tapices blasonados,
eu las exequias de su noble raza;
algún sepulcro aislado, en cuya puerta,
más de una piedra inútil, arrojara
en su niñez alegre—alguna tumba
de resonante puerta legendaria,
en cuyo umbral se estremeció de espanto,
creyendo al acercarse ¡desdichada!
que en su interior los muertos respondían
con honda voz y fúnebre palabra!

EDGARDO POE

De los Poemas antiguos

DESDE Homero, Esquilo y Sófocles, que representan la poesía en su vitalidad, en su plenitud y en su unidad armónica, la decadencia y la barbarie han invadido el espíritu humano.

En lo tocante á arte original, el mundo romano está al nivel de los Dacios y de los Sármatas; el ciclo cristiano, todo es bárbaro. Dante, Shakespeare y Milton, no tienen sino la altura de su genio individual; su lengua y sus concepciones, son bárbaras. La escultura se detiene en Fidias y en Lisipo; Miguel Angel no ha fecundado nada; su obra admirable en sí misma, ha abierto una vía desastrosa. ¿Qué queda, pues, de los siglos transcurridos después de la Grecia? Algunas individualidades potentes, algunas grandes obras sin liga y sin unidad. La poesía moderna, reflejo confuso de la personalidad fogosa de Byron, de la religiosidad ficticia de Chateaubriand, del ensueño místico de Ultra Rhin y del realismo de los lakistas, se turba y se disipa. Nada menos vivo y menos original, bajo el aparato más ficticio. Un arte de segunda mano, híbrido é incoherente. Arcaísmo de la vispera, nada más. La paciencia pública se ha cansado de esta comedia sonoramente representada á beneficio de una autolatría de préstamo. Los maestros se han callado ó quieren callarse, fatigados de sí mismos; olvidados ya, solitarios en medio de sus obras infructuosas. Los poetas nuevos, criados en la vejez precoz de una estética infecunda, deben sentir la necesidad de remojar en las fuentes eternamente puras la expresión usada y debilitada de los sentimientos generosos. El tema personal y

sus variaciones demasiado repetidas, han agotado la atención; con justicia ha venido la indiferencia; pero si es posible abandonar á la mayor brevedad esa vía estrecha y banal, es preciso aun no entrar en un camino más difícil y peligroso, sino fortificado por el estudio y la iniciación.

Una vez sufridas esas pruebas expiatorias, una vez sanada la lengua poética, las especulaciones del espíritu perderán algo de su verdad y su energía cuando dispongan de formas mas netas y más precisas. Nada será abandonado ni olvidado; la base pensante y el arte habrán recobrado la savia y el vigor, la armonía y la unidad unidas. Y más tarde, cuando esas inteligencias profundamente agitadas se hayan aplacado, cuando la meditación de los principios descuidados y la regeneración de las formas hayan purificado el espíritu y la letra, dentro de un siglo ó dos, si todavía la elaboración de los tiempos nuevos no implica una gestación más alta, tal vez la poesía llegaría á ser el verbo inspirado é inmediato del alma humana...

LECONTE DE LISI E

Sonetos

(Traducción de Leopoldo Díaz)

I

Largo tiempo había caminado, y cuando cayó la noche—sentí desfallecer mis sueños de la mañana;—tú uo me has conducido hacia el Palacio lejano—cuyo encantamiento duerme en el fondo de la avenida,—bajo la luna que vela única y singular—sobre el adormecimiento de los jardines de otro tiempo—donde se erigen, con campanillas en los techos,—entre los meandros florecidos, pagodas y pajareras.—Los bellos pájaros purpurados duermen suspendidos,—los pescados de oro sombrean el fondo de las piscinas,—y los juegos de agua besándose expiran en murmurios; tu peso es un temblor de seda sobre los musgos,—y tú has tomado mis manos entre tus manos suaves—que conocen el secreto de las últimas ternuras...

II

Iremos á la viña fecunda, inagotable, para beber á sorbos el vino del olvido; como la tarde pálida la aurora se ha extinguido y el mundo viejo brinda promesa deleznable.

Iremos de la inargenñacia el triunfal decoro de estanques silenciosos y sitios somnolentes,

donde á la mar callada bifurca sus corrientes
mudo y solemne río sobre la arena de oro.

Tú, la falaz viviente, la de parlara boca,
quisiste encadenarme entre la vifia loca,
mas yo rompí tu pérfido lazo de amor sutil;

Fuera del tuyo ¡oh Muerte! todo el amor es vano
á quien conoce el místico país, tenue y lejano,
donde á otro azul se yergue la torre de mármol.

HENRI DE REGNIER

La vida futura

(FRAGMENTO)

SIENTO en mi ser la vida futura. Soy
como el árbol que más de una vez ha sido
talado. Las nuevas raíces son las más fuer-
tes y vigorosas; y es que asciendo, lo sé, ha-
cia el cielo.

El sol derrama su luz sobre mi cabeza.

La tierra me da su savia generosa, en tanto
que ilumina mi alma la clara intuición de
mundos desconocidos.

Se dice que el alma no es más que la re-
sultante de las fuerzas corporales. ¿Por qué,
entonces, es mi alma más lúcida y activa
cuando comienzan á decaer mis fuerzas cor-
porales? El invierno está en mi cabeza, y
en mi corazón una eterna primavera.

Ahora respiro la fragancia de las lilas, de
las violetas y de las rosas, como á los veinte
años. Mientras más me acerco al fin, con
más claridad percibe mi oído las inmortales
sinfonías de los mundos, que hacia sí me
atraen.

Esto es maravilloso, y sin embargo sencillo.

Parece un cuento de hadas, y no obstan-
te es una historia.

Durante medio siglo he escrito mis pen-
samientos, en prosa y verso; historia, filoso-
fía, drama, romance, tradición, sátira, oda
y canto, todo lo he ensayado; y sé que he
dicho la milésima parte de lo que hay en mí.

Cuando baje al sepulcro, podré decir co-
mo muchos otros: "He concluido mi tarea;"
pero no podré decir: "He terminado mi vi-
da." Mi tarea empezará de nuevo al si-
guiente día.

La tumba no es una alameda cerrada, es
un camino libre. Se cierra al crepúsculo y

se abre al alba. Yo progreso á cada instan-
te, porque amo este mundo como mi tierra
natal, y porque la verdad me compele como
compelia á Voltaire aquella humana digni-
dad. Mi trabajo es sólo un principio. Mi
monumento sobresale escusamente de su ci-
miento. Yo sería feliz si lo contemplase
elevándose eternamente.

La red de lo finito prueba lo infinito.

VÍCTOR HUGO

Dulce María Borrero

DULCE María:

Tu nombre es una cadencia, un ritmo,
una plegaria.

Dicen los que te conocen que hay en la
negrura de tus ojos mucha luz, y en el éba-
no de tu cabellera ondulante, muchos per-
fumes!

Un poeta romántico me contaba cosas
adorables de tu alma, y me leía prosas ex-
quisitas de tu cerebro.

La historia de tus dolores artísticos, de
tus días nebulosos, de tus noches de soledad,
yo la conozco, escrita por tu mano blanca,
en estilo ardiente; yo sé que has sufrido las tor-
turas insondables del genio, las rebeldías su-
premas de los espíritus superiores, las gran-
des tristezas de las almas que padecen la
crucifixión de su Ideal!

Al público le has dado la esencia de tus
sentimientos en el cáliz profundo de tus ver-
sos; tus estrofas amantes han recorrido la
América, como una onda luminosa de olas
y pétalos, filtrándose en los corazones, dul-
cemente

Y tu "ANHELOS," como flores de pasión
como nubes de tristeza, han revelado la ener-
gía piadosa de tu Musa, que sabe evocar las
excelitudes del Amor, en la forma severa
del Arte

Tus amarguras y tus alegrías, son ideales;

Tu alma femenil, soñadora y altiva, es un
jardín extraño, donde la ortiga del escepti-
cismo intelectual prende vigorosa, y la hiedra
de la psicología más honda, más analizada,
abre sus ramas tristes, para darle sombra
de grave realidad, á las fantasías de la vida.

Tu prosa literaria dice mucho de la magnitud de tu cerebro, que florece como un rosal, y de la exquisita emoción artística que exalta tus nervios!

Yo te he leído largamente, y creo hallar en la dulzura de tus frases, el dolor de sueños imposibles, de quimeras grandiosas!

Sufres del mal irremediable de vivir entre las realidades humanas, y sientes la nostalgia infinita de países mejores.

Tu espíritu, aprisionado y doliente, canta como una alondra, vocalizando estrofas inmortales, que perfuman y hieren el alma de los poetas enamorados de tu Gloria!

Dulce María:

Hermosa flor intelectual de la tierra cubana—

tu nombre es una cadencia, un ritmo, una lira de milagrosa armonía!

J. I. VARGAS VILA

Anhelos

Yo quisiera besar tus dolores,
hundirme en tu alma,
revivir un instante en tus sueños,
temblar en tus ansias,
descender al abismo insondable
do me espera, soberbia y hurañá,
con la frente cargada de sombras,
tu vida tan triste, tan negra, tan rara;
descubrir sus heridas ocultas,
medirlas, tocarlas,
y verter mi ternura infinita
como un baño de amor en tus llagas!

Yo quisiera encenderme en tus ojos,
como una mirada,
un instante no más, y que luego
fugaz me apagara;
pero habiendo dejado en tus ojos
la visión de estas cosas aladas
que sueño contigo
y son tan hermosas, tan tristes, tan pálidas!

Yo quisiera... quisiera en el nido
que piadosa me brinda tu alma,
descansar un instante...y entonces
para siempre morirme en tus lágrimas.

DULCE MARÍA BORRERO

Para Dulce María Borrero

EN CUBA

Como un tenue perfume de violeta; como una leve caricia espiritual; como el eco de un canto cristalino, llega á mí tu nombre armonioso.

Dulce María!... Hay una música ignota, un poema de misterio, en esas dos suaves palabras que evocan rumores de alas, roce de pálidas sedas, besos de labios floridos. Hay algo aéreo en ese nombre, de una melodía tan sutil, que hace pensar que quien lo lleva es una frágil criatura de alma silente encerrada en un cuerpo divino.

Así le imaginé cuando por vez primera leí tus versos polifonos y profundos, saturados de un dolor inconsolable. Y así te juzgo todavía—hoy que he visto tu retrato sugestivo y obsesionante.

Tus negras pupilas son dos abismos de tristeza. Tienes la frente pensativa, la boca amorosa, las manos ducales; y en toda tu gracia exterior se adivina la honda melancolía de tu espíritu, nostálgico y visionario de un país hiperbóreo, de un país sobrenatural, en donde los seres y las cosas revistieran formas de impecable hermosura.

Tú debes sentir intensamente la amargura profunda de la vida; y quizá entre las flores brillantes de fúlgidos matices prefieres los blancos asfodelos que crecen á la orilla de los sepulcros... Tú debes amar todo lo que es triste y dulce como tu nombre, y también todo lo que vuela sobre la árida tierra. Pero todo lo que encierra una alma misteriosa deberá ser preferido por tu alma. Así, yo me imagino que ninguna como tú podrá comprender la tristeza sobrehumana de los amarillos plenitunios, cuando parece que flota en el aire el espíritu de las cosas muertas, el alma de nuestros recuerdos, el perfume de nuestros amores...—Tu corazón está—sin duda—lleno de lágrimas, como tu fantasía de símbolos, como tus ojos de ternuras y de sueños....

Llevas una luz milagrosa en el cerebro, y en tu espíritu una flor de inmor-

tales aromas. Conoces el divino mal de los poetas.

El negro hastío pondrá una sonrisa amarga sobre tus labios rosados y elocuentes; y llegará una hora cruel en que desearás dormir para siempre bajo la fría tierra cubierta de jaramagos, á la lóbrega sombra de los sauces.

Pero entretanto, el Arte puro y magnífico dará á tu ser alegrías serenas y nobles, placeres refinados é inolvidables, de los que sólo pueden gozar las almas escogidas. Entretanto, tu lira sonora resuena en el país de Cuba; laureles floridos coronan tus sienes, y tu nombre musical hace estremecer los corazones de los jóvenes poetas americanos.

El amor á la Belleza es un amor divino, que dará á tu ser dulces días de ilusión y de ensueño, horas supremas de inefable felicidad....

Vuele tu rima de cristal—como una mariposa de oro—entre el aplauso de los raros espíritus que aman tu poesía cáñida y triste y los negros abismos de tus ojos....

Y acoge en tu alma leve estas líneas fraterñates, como se acoge un sonido ignoto, en la distancia, ó un perfume venido de tierras lejanas, en el pliegue de plata de un dorado plenilunio.

FROILÁN TURCIOS

NOTAS

De Chile.—

Ismael Enrique Arciniegas, uno de los más brillantes poetas de América, nos ha enviado de Santiago de Chile—en donde actualmente desempeña el cargo de Secretario de la Legación de Colombia—algunas de sus deliciosas poesías inéditas, que honrarán las páginas de este quincenario.

De la carta que con fecha 25 de junio recién pasado nos dirigió de aquella ciudad, insertamos las siguientes líneas:

“Ojalá que continúe remitiéndome su importante Revista, donde he leído, con mucho agrado, hermosos versos y galanas prosas de Ud.

Con frecuencia veo en las revistas y periódicos de esta ciudad, el nombre de Ud. al pie de buenas producciones literarias, que revelan gusto delicado, cultura intelectual y sentimientos de verdadero artista. Mis felicitaciones por su labor.”

Revista Nueva.—

Hemos recibido el número 16 de esta simpática revista de Honduras, que dirige el galano escritor Froilán Turcios.

Trae, como siempre, un material interesante y buenas firmas.

Vese, que *Revista Nueva* va cada día en vías de progreso, lo que se debe, en gran parte, al acierto y tino de su Director, distinguido escritor y poeta, uno de los que dan gloria y brillo al Arte. (*El Eco Social*, de Buenos Aires, República Argentina. Número del 11 de mayo de 1902).

Revistas y periódicos—

Llegados por el correo último, que reproduce trabajos nuestros:

El Mundo, de México: CUENTOS CRUELES. II. EL TÍO ROBERTO.

La Ilustración, de Santiago de Chile: LA BALADA DE LOS BESOS.

El Eco Social, de Buenos Aires: PÁGINA DE ANTAÑO.

Vida Social, de Buenos Aires: DE MIS RECUERDOS.

Literatura y Arte, de La Paz, Bolivia, publica nuestro soneto CARLOTA CORDAY y nuestra prosa LOS RELÁMPAGOS.

Revista Nueva.—

Acabamos de recibir el número 25 de esta simpática publicación, que con tanto acierto dirige en esta capital el escritor y poeta don Froilán Turcios, quien es ventajosamente conocido en el mundo de las letras. Agradecemos la puntualidad del colega.

Diario de Honduras

Los poetas favoritos de los franceses —

Entre las muchas averiguaciones ó informaciones, más ó menos importantes ó curiosas que la prensa se ha dignado llevar á cabo con mejor ó peor fortuna, se encuentra la iniciada por la revista *Ermítage*, acerca de cuál es el poeta favorito entre los fallecidos en el siglo XIX. Para ello ha recogido las respuestas de unos doscientos poetas, y el resultado ha sido el siguiente:

1.º Víctor Hugo; 2.º Alfredo de Vigny; 3.º Pablo Verlaine; 4.º Baudelaire; 5.º Lamartine; 6.º Alfredo de Musset; 7.º Leconte de Lisle; 8.º Estéban Mallarmé; y 9.º Alberto Samain.

Entre las respuestas dadas hay algunas dignas de mención. Así, Jammes dice que “el poeta que más le conmueve es Maupassant en sus prosas.” Para Boschot, “cada poeta se convierte sucesivamente en el poeta por excelencia.”—“La mala fe y la estupidez del homenaje póstumo á Víctor Hugo—dice Jean Lorrain—están confirmadas por la presencia en el mismo de Cátulo Méndez, que ha tenido valor para comparar con Víctor Hugo al joven millonario Edmundo de Rostand.”